

¿POR QUÉ YO SÍ?

Estaba muy nerviosa. Me miré las manos mientras jugueteaba con mis dedos. No había levantado la mirada de ellos desde que entré a la sala. No podía, no cuando sabía perfectamente quienes estaban sentados en la mesa de mi izquierda. Me daba pánico saber que de un momento a otro me tocaría subirme ahí arriba para contar lo que pasó. Subirme arriba implicaba ser el centro de atención, llevarme todas las miradas de la sala, afrontar que lo que me pasó fue real.

Sabía cómo me mirarían todos. Recibiría miradas de pena, miradas acusadoras, miradas dudosas e incluso miradas que se preguntarían si lo que iba a contar fue real. Sería la misma mirada dudosa y fría que aquel policía me echó. Casi podía sentir ya todas esas miradas. Pesaban sobre mi cuerpo. Me abrasaban mi interior en cada suspiro que daba o en cada bocanada de aire que cogía. En cada palabra que oía notaba un reproche, una indirecta llegando incluso a una acusación.

Entonces llegó el momento. Oí mi nombre. Tomé aire y levantándome me dirigí al estrado. Continué casi tambaleándome hasta la silla que había al lado de aquel juez. Me senté e instintivamente miré al suelo. Me hizo algunas preguntas que herían de gravedad mi orgullo y mi estima. Os mentiría si os dijera que no las recuerdo, pero realmente es así. Solo recuerdo contestarlas automáticamente, sin pensar. Se hizo el silencio y de nuevo escuché. Entonces me pidió que relatara lo que había sucedido aquel uno de enero durante la madrugada. Solo entonces levanté la mirada. Fue entonces cuando les vi. Cuatro chicos. Tres morenos y uno rubio. A primera vista simpáticos y agradables. Al menos eso me parecieron esa noche. Les mire, uno por uno. Parecían muy tranquilos, demasiado. Los cuatro me miraban expectantes esperando que hablara. Y, recorriéndolos con una última mirada eso hice.

Madrugada del uno de enero, año nuevo. El primer año nuevo que mis padres me dejaron salir. Me costó mucho convencerles, pues creían que todavía era demasiada pequeña para salir a celebrarlo. Pero yo quería salir. Todos mis amigos salían y yo no quería ser la única. Al dar las doce tomamos las uvas y

fui rápidamente a cambiarme. Me había comprado un vestido espectacular para este día. Me vestí y me arreglé. A la una y media de la mañana sonó el timbre. Era mi mejor amiga. Había venido a buscarme para ir juntas. Ambas nos despedimos de mis padres y nos fuimos a la que iba a ser la mejor noche de mi vida, o al menos eso pensaba.

Llegamos a la puerta de la discoteca donde nos esperaban nuestros amigos y, una vez estuvimos todos, entramos. Estaba muy nerviosa y emocionada. No era la primera vez que salía, pero sí la primera vez que salía en año nuevo. Mis hermanos mayores e incluso el pequeño siempre habían podido hacer cosas que a mi hermana y a mí se nos había negado solo por el delito de ser mujeres. Fuimos a la barra a pedir el primer cubata y me impresionó la cantidad de gente que se intentaba hacer un hueco para ser atendido. Estuvimos esperando quince minutos hasta que por fin lo tuvimos.

Nos abrimos paso entre la gente y fuimos a la pista de baile. Nos divertimos, bailamos, cantamos... Nos lo estábamos pasando muy bien. Fuimos a la barra a por otro cubata y sin darnos cuenta se nos acercaron cuatro chicos. Tres morenos y uno rubio. Nos dijeron que nos invitaban a un cubata. Mi amiga lo rechazó pero yo acepté. La llame aburrida y la dije que disfrutara, que la noche era joven y que había que divertirse. Los cuatro chicos se quedaron hablando con nosotras unos minutos mientras nos servían la bebida. Me parecían majos así que le dije a mi amiga si no les importaría a los demás que ellos se viniesen con nosotras. Ella dijo que no, por lo tanto cogimos los cubatas y nos fuimos los seis donde estaban mis amigas.

Una hora más tarde todo había acabado por fin. Mi cabeza y mis pensamientos estaban mucho más tranquilos aunque me dominaba una sensación de vacío e impotencia. Lo cierto es que había ocurrido lo que todo el mundo me dijo que ocurriría. En el fondo, yo también lo sabía pero me negaba a aceptarlo. Después de narrar toda la historia tuve que contestar a unas improcedentes preguntas a mi parecer. El juez me preguntó que detallara más como iba vestida, que por qué había bebido dos copas, que por qué había entablado una conversación con unos desconocidos, que si todo esto lo hacía muy menudo.

En fin, dando una serie de explicaciones que no sabía muy bien a qué venían a cuento.

Al llegar el momento de la declaración de los chicos, la cosa fue extrañamente mucho más rápida. Contaron su versión de los hechos y fin de la declaración. No hubo ninguna pregunta ni observación ni de sus ropas, intenciones o lo que solían beber habitualmente ni con quien. Ahí fue el momento donde peor me había sentido, ya que ellos en ningún momento tuvieron que justificar nada de lo que yo sí que había tenido que hacer.

Ahora me encuentro mejor pero todavía no entendía nada de todo esto. Todo el mundo me había avisado sobre que no conseguiría nada, sin embargo yo había considerado que debía hacerlo. Claro no me esperaba que el trato hacia los chicos no iba a ser el mismo que hacia mí. A ellos nadie les preguntó por sus ropas, intenciones u otros aspectos de su vida privada. A mí por ser mujer, e independientemente de lo que hubiera ocurrido, tuve que justificar muchas cosas que ellos nunca tuvieron que hacer. ¿Por qué yo sí?

Hasta el día de hoy aún sigo sin explicarme como una persona puede preguntarte semejantes cosas después de que tú, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta le cuentes la peor noche de toda la vida.

Aún sigo pidiendo justicia para mí, sigo pidiendo justicia para aquellas mujeres que pasan por lo mismo. Pido igualdad. Todavía nos queda a las mujeres un largo camino por recorrer aunque que nadie dude que lo recorreremos.